

grandeza de mi comportamiento os dará á conocer que soy el rey de Francia, el sucesor de Carlo Magno. »

Tiene razon, dijo tristemente el rey.

— ¡ Oh ! señor, exclamó la reina; por piedad, no escuchéis á ese hombre; ¡ ese hombre es vuestro mayor enemigo !

— Señora, dijo Gilberto, el rey os dirá lo que piensa de mis palabras.

— Pienso, caballero, que sois la única persona que hasta aquí se ha atrevido á decirme la verdad.

— ¡ La verdad ! exclamó la reina, ¡ oh ! ¡ qué decís, Dios mio !

— Sí, señora, la verdad, prosiguió Gilberto; la verdad es en estos momentos la única luz que puede iluminar el abismo que amenaza devorar el trono y la monarquía.

Y al decir estas palabras, Gilberto se inclinó humildemente delante de María Antonieta.

CAPITULO XXXII

Decision.

Por la primera vez, la reina pareció profundamente conmovida. ¿ Era esto por raciocinio, ó por la humildad del doctor ?

Además, el rey se habia levantado con ademan resuelto, y pensaba en la ejecucion del consejo de Gilberto.

No obstante, á causa de la costumbre que tenia de no hacer nada sin consultarlo con la reina.

— Señora, le dijo, ¿ vos lo aprobáis ?

— Preciso es que así sea contestó María Antonieta.

— Yo no quiero que os sometáis; dijo el rey con impaciencia.

— ¿ Pues qué es lo que quereis ?

— Os pido un asentimiento por conviccion que fortifique la mia.

— ¿ Me pedís una conviccion ?

— Sí.

— Si no es mas que eso, podeis creer que estoy convenida, señor.

— ¿ De qué ?

— De que ha llegado el instante que va á hacer de la monarquía el estado mas desgraciado y envilecido que ha existido sobre la tierra.

— ¡ Oh ! exclamo el rey; indudablemente exagerais; desgraciado, sí; pero envilecido no puede ser.

— Señor, vuestros abuelos os han legado una bien triste herencia, dijo melancólicamente María Antonieta.

— Sí, dijo Luis XVI; una herencia de que tengo el dolor de hacer os participe, señora.

— Permitidme, señor, dijo Gilberto que se dolia en el fondo de su corazon de la cruel desgracia de aquellos soberanos, no creo que haya motivo, para que V. M. vea un porvenir tan espantoso como parece suponer. Concluye una monarquía despótica y empieza un imperio constitucional.

— Caballero, dijo el rey; ¿ y me creéis el hombre capaz de fundar semejante imperio en la Francia ?

— ¿ Y por qué no ? dijo la reina algo repuesta por las palabras de Gilberto.

— Señora, respondió el rey, yo soy un hombre prudente y de buen corazon. Yo veo distintamente las cosas, y no procuro hacerme ilusiones, y sé precisamente todo lo que no se necesita saber para administrar este pais. Desde el dia en que me precipitaron desde lo alto de la inviolabilidad de los reyes absolutos; desde el dia en que han dejado en mí al descubierto, al hombre sencillo he perdido toda esa fuerza facticia que bastaba para el gobierno de la Francia, pues seguramente Luis XIII, Luis XIV y Luis XV sé sostuvieron, gracias a esa misma fuerza. ¿ Qué es lo que necesitan hoy los franceses ? Un amo. Yo no me siento capaz de ser otra cosa que un padre. ¿ Qué es lo que necesitan los revolucionarios ? Una espada. Yo no me siento con fuerzas para herir.

— ¿ No os sentís con fuerzas para herir ? exclamó la reina; ¿ para herir á esa muchedumbre que arrebató la he-

rencia de vuestros hijos, y que desea romper sobre vuestra frente, uno tras otro, todos los florones de la corona de Francia?

— ¿Y qué contestaré yo? dijo Luis XVI con tranquilidad; ¿responderé no? Suscitaré aun entre vosotros nuevas tempestades que anublen mi vida. Vos sabéis odiar; tanto mejor para vos. Sabéis ser injusta, y no os lo echo en cara, pues esa es una gran cualidad en los que mandan.

— ¿Me creéis injusta con la revolucion? decid.

— Sí, á fé mia.

— ¿Decís que sí?

— Si no fuereis mas que una ciudadana cualquiera, querida Antonieta, no hab'aríais de ese modo.

— Sí; pero no lo soy.

— Y precisamente por eso os escuso; pero esto no quiere decir que apruebe vuestras ideas. Señora, resignaos; hemos subido al trono de Francia en un momento de tormenta, necesitamos una gran fuerza para impulsar ese carro sangriento que llaman revolucion, y la fuerza nos falta.

— Tanto peor, exclamó María Antonieta, porque ese carro pasará sobre nuestros hijos.

— ¡Ay! bien lo sé; pero nosotros no le impulsaremos.

— No, pero le haremos retroceder.

— ¡Oh! exclamó Gilberto, cuidado, señora, pues al retroceder, no podrá menos de cogeros bajo sus ruedas.

— Caballero, dijo la reina con impaciencia, veo que llevais demasiado adelantela franqueza de vuestros consejos.

— Me callaré, señora.

— ¡Oh! dejadle hablar, exclamó el rey; lo que os anuncia, si no lo ha leído en la multitud de folletos que lo dicen hace ocho dias, es porque no ha querido leerlo. Hacedle al menos la justicia de que no hay amargura en la verdad de sus palabras.

María Antonieta guardó silencio.

Y despues lanzando un doloroso suspiro:

— Yo reasumiré, ó mas bien repetiré lo que he dicho.

Ir á París de esa manera, es aprobar tácitamente lo hecho.

— Sí, dijo el rey, ya lo sé.

— Es humillarse, es renegar de vuestro ejército que se prepara á defenderos.

— Es evitar que se derrame la sangre francesa, dijo el doctor.

— Es declarar para de hoy en adelante, que el motin y la violencia podrán dar á la voluntad del rey la direccion que convenga á los asesinos y á los traidores.

— Señora, creo que habeis tenido la bondad de confesar hace un momento, que habia tenido la dicha de convenceros.

— Sí, hace poco, lo confieso; se alzó delante de mis ojos un extremo del velo. Ahora, caballero, he vuelto á cegar, como decís, y quiero mejor ver dentro de mí misma los resplandores á que me ha acostumbrado la educacion, la tradicion y la historia; quiero mejor contemplarme siempre reina, que creerme una mala madre para ese pueblo que me ultraja y que me odia.

— ¡ Antonieta! ¡ Antonieta! dijo Luis XVI asustado de la repentina palidez que se habia difundido por las mejillas de la reina, y que no era otra cosa que un presagio de una violenta explosion de cólera.

— ¡ Oh! ¡ no, no! yo hablaré, exclamó la reina.

— Tened cuidado, señora.

Y con una mirada, el rey recordó á María Antonieta la presencia del doctor.

— ¡ Oh! exclamó la reina, ese caballero sabe ya todo lo que voy á decir, sabe todo lo que pienso, añadió con un amargo recuerdo por la escena que acababa de tener lugar entre ella y Gilberto; ¿por qué, pues me he de callar? Por otra parte, este caballero ha sido nuestro confidente y no sé por qué le hemos de temer; señor, sé que os impulsan, que os arrastran del modo que pudieran hacerlo con una desgraciada princesa de una de mis queridas baladas alemanas. Adonde vais, no lo sé; pero vais seguramente á un punto de donde no volveréis jamás.

— ¡ Oh! no, señora, voy á París y nada mas, respondió Luis XVI.

María Antonieta se encogió de hombros.

— ¡ Me suponéis una loca ! dijo con una voz trémula de cólera. Vais á París; muy bien; pero ¿ quién os dice que París no es un precipicio, que yo no veo, pero que adivino? ¿ No sería posible que en medio del tumulto que escitará vuestra llegada perdais la vida? ¿ Quién podrá decir de donde procede la bala perdida? ¿ Quién sabe entre mil manos amenazadoras, la que ha levantado el puñal?

— ¡ Oh! en cuanto á eso, señora, nada temais; ¡ el pueblo me ama, exclamó el rey.

— ¡ Oh! no digais eso, me causais lástima. Os aman, y matan y degüellan á los que os representan sobre la tierra. El gobernador de la Bastilla era vuestro representante, era la imágen del rey. Creedme, pues no exagero; si han muerto á Launay, á ese valiente y leal servidor, lo mismo hubieran hecho con vos si os hubiéseis hallado allí, y aun mas fácilmente, pues os conocen y saben que en vez de defenderos les hubierais descubierto vuestro pecho.

— Acabad, dijo el rey.

— Creia haber concluido ya.

— ¿ Y me matarán?

— Sí señor.

— ¿ Y qué?

— ¿ Pues, y mis hijos? exclamó la reina.

Gilberto creyó que ya era tiempo de intervenir en la conversacion.

— Señora, dijo; el rey será tan respetado en París y su presencia causará tal alegría, que si algun temor tengo no es por el rey, sino por los fanáticos, que serán capaces de dejarse aplastar bajo los pies de sus caballos, como faquires indios bajo las ruedas del carro de su ídolo.

— ¡ Oh! caballero, caballero, exclamó María Antonieta.

— Esa marcha á París, será un verdadero triunfo, señora.

— Pero, señor, ¿ vos nada decis?

— Es que yo estoy perfectamente de acuerdo con el doctor.

— ¿ Y ya estais impaciente por gozar de ese triunfo, no es cierto? exclamó la reina.

— Si así es, el rey tendria razon; y esa impaciencia probaría el sano criterio con que S. M. juzga á los hombres y á las cosas. Quanto mas se apresure V. M., mayor será su triunfo.

— ¿ Lo creéis así, caballero?

— Estoy seguro de ello; y el rey si tarda, puede perder todas las ventajas de la espontaneidad. Además, puede tomar la iniciativa en una demanda que cambiaria á los ojos de los parisienses la posicion de S. M. y le haria en cierto modo aparecer como que obedecia á una orden.

— Ya lo ois, el doctor lo confiesa, os imponen la ley. ¡ Oh señor! ¿ lo veis?

— El doctor no dice que me hayan mandado.

— ¡ Paciencia, paciencia! perded el tiempo, señor, y llegará ese momento.

Gilberto contrajo lijeramente sus labios con un movimiento de impaciencia, que la reina sorprendió con la misma velocidad que habia cruzado por ellos.

— ¿ Qué es lo que he dicho? murmuró. ¡ Pobre loca! he hablado en contra mia.

— ¿ En qué señora? preguntó el rey.

— En que por medio de un plazo os harian perder las ventajas de vuestra iniciativa, y á pesar de eso me veo en la precision de pedir os un plazo.

— ¡ Ah! señora, pedid todo cuanto querais menos eso.

— Antonieta, dijo el rey sacudiendo la cabeza, ¿ habeis jurado perderme?

— ¡ Oh, señor! exclamó la reina en tono de reconvenccion, que puso de manifiesto toda la angustia de su corazon; ¿ podeis hablar de esa manera?

— Pues entónces, ¿ por qué os obstináis en retardar mi viage? preguntó el rey.

— Recordad, señora, que en semejantes circunstancias la oportunidad es el todo. Pensad en el valor que tienen las horas que pasan en semejante coyuntura, cuando todo un pueblo las cuenta á medida que van pasando.

— Por hoy no, caballero Gilberto. Mañana, señor, mañana. Concededme ese plazo, y os juro que no me opondré á ese viage.

— ¡ Un dia perdido ! exclamó el rey.

— Veinte y cuatro horas, que son hoy un siglo ; pensad bien en ello, señora.

— Es preciso, dijo la reina con acento suplicante.

— Dadnos al menos una razon, dijo el rey.

— La única que puedo daros es mi desesperacion, señor ; mis lágrimas.

— Pero de aquí á mañana, ¿ quién puede decir lo que sucederá ? dijo el rey profundamente conmovido con la desesperacion de la reina.

— ¿ Y qué puede suceder ? preguntó la reina dirigiendo al rey una mirada suplicante.

— ¡ Oh ! exclamó Gilberto, en París, nada absolutamente. La menor esperanza le hará esperar hasta mañana ; pero...

— Pero aquí es donde está el peligro, no es cierto, dijo el rey.

— Sí, señor, aquí.

— La Asamblea...

Gilberto hizo con la cabeza una señal afirmativa.

— La Asamblea, continuó el rey, que con hombres como Mr. Monnier, Mr. de Mirabeau y Mr. Sieyes, es capaz de enviarme un mensaje que me quite todas las ventajas de mi buena voluntad.

— Pues bien ; entónces, dijo la reina con un sombrío furor, tanto mejor, pues conservareis así vuestra dignidad de rey no yendo á París, y será preciso sostener la guerra. La arrostraremos, y si es menester morir aquí, moriremos, pero moriremos con dignidad y como corresponde á personas de nuestro rango ; como reyes, como señores y como cristianos que confian en Dios, de quien han recibido la corona.

Y al ver aquella exaltacion febril de la reina, Luis XVI comprendió que por el momento era menester ceder.

Hizo á Gilberto una seña, y adelantándose hácia María Antonieta la cogió la mano diciéndola :

— Tranquilizaos, señora, todo se hará como deseais. Bien sabeis querida esposa, que sacrificaría mi vida por no desagradaros, pues conozco demasiado lo que se merece una muger de vuestro mérito y de vuestras virtudes.

Y Luis XVI apoyó estas palabras con una expresion de indecible nobleza, vindicando á la reina de todas las calumnias, y esto ante un testigo capaz de referir todo cuanto habia visto y oido.

Este rasgo de delicadeza conmovió profundamente á María Antonieta, que estrechando entre las suyas la mano que le presentaba el rey,

— Pues bien, señor, dijo ; hasta mañana ; no os exigiré mas plazo, pero este concedémele, os lo pido postrada á vuestros pies ; mañana á la hora que mejor os parezca, os lo juro, saldreis para París, sin que yo me oponga á vuestra partida.

— Cuidado, señora, que el doctor es testigo ; dijo el r y sonriendo.

— Señor, nunca he faltado á mi palabra ; replicó la reina.

— Ya lo sé ; pero no puedo menos de confesar una cosa.

— ¿ Qué ?

— Que no alcanzo á comprender el que viéndoos resignada á dejarme partir, me pidais esas veinte y cuatro horas de término. ¿ Esperais noticias de París, de Alemania?... Se trata de...

— No me preguntéis nada, señor.

El rey era en extremo curioso.

— ¿ Se trata, continuó, de la llegada de tropas, de algun refuerzo, de alguna combinacion política ?

— ¡ Señor ! exclamó la reina en tono de reconvencion.

— Se trata...

— No se trata de nada, señor.

— Entónces es un secreto.

— Eso es ; un secreto y nada mas.

— Caprichos de muger, ¿ no es cierto ?

— Como gustéis, capricho.

— ¡Oh! ¡suprema ley del bello sexo?

— Es verdad. ¿Y por que no habia de suceder lo mismo en la política y en la filosofía? ¡Por qué no se ha de permitir á los reyes erigir sus caprichos políticos en leyes supremas!

— Todo llegará con el tiempo. En cuanto á mí, ya lo hago; dijo el rey en tono festivo. Con que hasta mañana.

— Hasta mañana, respondió tristemente la reina.

— ¿Os quedais con mi doctor, señora? preguntó el rey.

— ¡Oh! no; dijo la reina con una precipitacion que hizo sonreír á Gilberto.

— Entónces me le llevo.

Gilberto se inclinó por tercera vez ante María Antonieta, quien esta vez le devolvió su saludo, mas bien como muger que como reina.

Seguidamente el rey se encaminó hácia la puerta acompañado del doctor.

— Me parece, dijo Luis XVI al atravesar la galería, que estais bien con la reina, señor Gilberto.

— Señor, esa es una honra que le debo á V. M.

— ¡Viva el rey! gritaron los cortesanos que inundaban ya la antecámara.

— ¡Viva el rey! contestaron desde el patio una infinidad de oficiales y soldados que se agolpaban á las puertas del palacio.

Aquellas exclamaciones se prolongaron un gran rato, produciendo en el corazón de Luis XVI una alegría que tal vez nunca habia experimentado.

En cuanto á la reina, sentada en el mismo sillón en que habia pasado tan crueles momentos, así que oyó los gritos de entusiasmo y de cariño que acogian al rey por todas partes, y que se perdian á lo lejos bajo los pórticos,

— ¡Viva el rey! gritó tambien. ¡Oh! sí; viva el rey a pesar de ese infame París; cenagal inundo, abismo sangriento, no conseguirás arrastrar en tus profundidades á esa desgraciada víctima. Yo la arrancaré de tus entrañas; yo misma con este brazo; brazo débil, que te amenaza en

este momento, y te entrega á la execración del mundo y á la venganza de Dios.

Y diciendo estas palabras con una expresion de ódio que hubiera aterrado á los mas entusiasmados partidarios de la revolucion, si hubieran podido verla y oirla, la reina estendió hácia París su débil mano, que resplandecia bajo los encages como una espada al salir de su vaina.

En seguida llamó á Mad. Campan, que era la muger de mas confianza de las de su servidumbre, y se encerró con ella en su gabinete cuya entrada prohibió para todo el mundo.

CAPITULO XXXIII

La cota de mallá.

Al siguiente dia se alzó brillante y puro como la vispera, un sol resplandeciente que doraba los mármoles y las arenas de Versailles.

Los pájaros, agrupados sobre los primeros árboles de los jardines, saludaban con sus trinos el nuevo dia de calor y alegría prometido á sus amores.

La reina se levantó á las cinco de la mañana, y mandó suplicar al rey que fuese á verla en cuanto se vistiese.

Luis XVI, algo fatigado por la recepcion de una diputacion de la Asamblea, que habia llegado el dia anterior, y á la que se habia visto precisado á responder, durmió algo mas tiempo del que acostumbraba, para reparar aquella fatiga, y para que no pudiese decirse que perdía nada en él su naturaleza.

Apenas se vistió, le pasaron el recado de la reina al tiempo de ceñirse la espada, lo que le hizo arrugar ligeramente el entrecejo.

— ¿Pues qué, dijo, se ha levantado ya la reina?

— Hace bastante tiempo.

— ¿Está indispueta?

— No, señor.

— ¿Y qué es lo que quiere de mí la reina á estas horas?

— S. M. no ha dicho nada mas.

El rey tomó un ligero desayuno, compuesto de caldo y con un poco de vino, y pasó al cuarto de María Antonieta.

Encontró á la reina adornada completamente, como en un dia de ceremonia, hermosa, pálida, de aspecto imponente. Acogió á su esposo con una débil sonrisa, que brillaba como un rayo del sol de invierno. En las recepciones solemnes de la corte, era preciso entónces enviar un rayo de sol á la multitud.

El rey no comprendió toda la tristeza que encerraba aquella sonrisa y aquella mirada, y se ocupaba unicamente de una sola cosa; de la probable oposicion que iba á hacerle María Antonieta al proyecto convenido el dia antes.

— Algun nuevo capricho, dijo para sí.

Y este fué el motivo que le hizo arrugar el entrecejo.

La reina, con sus primeras frases, le confirmó en su opinion.

— Señor, le dijo, desde ayer he reflexionado mucho.

— Vamos, esto es, exclamó el rey.

— Despedid, os lo suplico, á todos los que no sean de vuestra confianza.

El rey, aunque con disgusto, ordenó á sus oficiales que se alejasen.

Una sola de las doncellas de la reina se quedó allí, que era Mad. de Campan.

Entónces, la reina, apoyando sus dos lindas manos sobre el brazo del rey,

— ¡Qué! ¿estais ya vestido de un todo? ¡mal hecho!

— ¿Mal hecho? ¿pues cómo?

— No os quise dar á entender eso, sino que viniéseis de bata, y os veo con casaca y espada.

El rey la miró sorprendido.

Aquel capricho de la reina despertaba en él una infinidad de ideas estrañas, cuya novedad hacia resaltar mas la inverosimilitud.

Así es, que su primer movimiento fué de desconfianza y de inquietud.

— ¿Qué tenéis? dijo á la reina ¿pretendeis, por ventura, retrasar ó impedir lo que ayer hemos convenido?

— De ninguna manera, señor.

— Os lo ruego, señora; pues es un asunto demasiado grave. Debo y quiero ir á Paris, y no puedo menos de verificarlo. Ya esta todo dispuesto y designadas desde ayer las personas que me han de acompañar.

— Señor, yo no me opongo, pero...

— Pensad, dijo el rey animándose por grados para infundirse valor, pensad en que la noticia de mi viage ha debido llegar ya á oídos de los parisienses, que se hallan preparados y que esperan; pensad en que los sentimientos favorables que este viage ha producido en todos los ánimos, pueden cambiarse en una hostilidad funesta. Pensad, en fin...

— Pero señor, si yo no hago la mas leve objecion á todo lo que me haceis el honor de decirme; me resigné á todo ayer, y hoy me hallo tambien resignada.

— Entónces, señora, ¿á qué vienen esos preámbulos?

— No los he usado.

— Bien, perdonad; ¿pero qué significan esas preguntas acerca de mi traje y respecto á mis proyectos?

— Sobre el traje, en buen hora, repuso la reina procurando hacer renacer una sonrisa que á fuerza de desvanecerse se iba haciendo fúnebre.

— ¿Y qué es lo que quereis decirme respecto á mi traje?

— Quisiera, señor, que os quitaseis la casaca.

— ¿No os parece conveniente? Es una casaca de seda de color de violeta. Los parisienses estan habituados á verme vestido de este modo, y les agrada ver en mí este color sobre el cual sienta ademas muy bien un cordon azul. Vos misma me lo habeis dicho muchas veces.

— No tengo, señor, ninguna objecion que hacer respecto al color.

— Entónces...

— Sino contra el forro.

— Verdaderamente que me volveis loco con esa sonrisa; el forro... os chanceais...

— Yo no me chanceo, señor.

— Bien; ahora examináis mi chupa; ¿os disgusta también? Tafetan blanco y plata, con una guarnición que vos misma habeis bordado.

— Tampoco tengo nada que decir contra la chupa.

— Sois muy singular; ¿es la chorrera, es la camisa bordada lo que os dá que hacer? y qué, ¿no debo presentarme con el mejor traje á mi buena ciudad de París?

Una amarga sonrisa contrajo los labios de la reina, y el inferior sobre todo, que tanto se le criticaba á la Austriaca, se engrosó adelantándose como si se hallase impregnado de todos los venenos del odio y de la cólera.

— No, dijo, no os echo en cara vuestro traje, sino el forro.

— ¡El forro de mi camisa bordada! explicaos por fin.

— Está bien, me explicaré; el rey aborrecido, insoponible, que va á arrojarse en medio de setecientos mil parisienses embriagados con sus triunfos y con sus ideas revolucionarias; el rey no es un príncipe de la edad media, y sin embargo, debería hacer hoy su entrada en París, bajo una buena coraza de hierro, bajo un casco de buen acero de Milan; debería tomar tales precauciones, que ni una bala, ni una flecha, ni una piedra, ni un puñal, puedan hallar el camino de su pecho.

— Es cierto en el fondo, dijo Luis XVI pensativo; pero, amiga mía, como no me llamo Carlos VIII, ni Francisco I, ni Enrique IV; como la monarquía de hoy está desnuda bajo los terciopelos y la seda, iré desnudo bajo mi traje de seda, ó por mejor decir, iré con un blanco que podrá guiar á las balas; tengo la placa de las órdenes puesta sobre el corazón.

La reina exhaló un ahogado gemido.

— Señor, dijo, empezamos á comprendernos, vais á ver como vuestra esposa no se chancea.

E hizo una señal á Mad. Campan, que se hallaba situada en el fondo de la habitación.

Sacó ésta de un cajón de un guardarropa un objeto de forma ancha, aplanada y oblonga oculto bajo una cubierta de seda.

— Señor, dijo la reina, el corazón del rey pertenece, lo primero á la Francia, es cierto, pero también pertenece á su muger y sus hijos. No quiero que su corazón se esponga á las balas enemigas, y he tomado mis precauciones para salvar de todo peligro á mi esposo, á mi rey, al padre de mis hijos.

Y mientras hablaba de este modo, sacó bajo la cubierta de seda que le envolvía, un chaleco de finas mallas de acero, enlazadas con tal arte, que se hubiera creído un tejido árabe; pues hasta ese punto la trama imitaba el moaré, teniendo toda la delicadeza y elasticidad de los tejidos.

— ¿Y qué es eso? dijo el rey.

— Miradlo, señor.

— Un chaleco, según parece.

— Justamente.

— Un chaleco cerrado hasta el cuello.

— Con un pequeño cuello destinado á servir de forro á la corbata.

El rey tomó en sus manos el chaleco y lo examinó con la mas escrupulosa atención.

La reina se llenó de alegría al ver la complaciente curiosidad de Luis XVI.

Parecia que éste se complacia en contar una á una las mallas de aquel maravilloso tejido que ondulaba entresus dedos con la facilidad que un tejido de lana.

— Es admirable.

— ¿No es cierto, señor?

— Es un trabajo milagroso.

— ¿No es verdad que sí?

— Y no puedo adivinar cómo os habeis podido procurar esta maravilla.

— La compré ayer á un hombre que me la habia ofrecido hace mucho tiempo para el caso en que saliéreis á campaña.

— ¡Es admirable! ¡prodigioso! exclamó el rey examinándolo nuevamente.

— Y os debe sentar como si os lo hubiera hecho nuestro sastre.

— ¿Lo creéis así?

— Probáoslo.

El rey, sin decir una palabra, se quitó su casaca.

La reina temblaba de alegría, y ella misma ayudó á Luis XVI á quitarse las condecoraciones. Mad. Campan le acabó de desnudar.

Cualquiera que en aquel momento hubiese podido ver la fisonomía de la reina, la hubiera visto iluminada por uno de esos resplandores de triunfo que refleja la suprema felicidad.

El rey se dejó quitar la corbata, bajo la cual, las manos delicadas de la reina introdujeron el cuello de acero de la cota.

Después, la misma María Antonieta cerró los broches de aquella cota que ajustaba perfectamente al cuerpo, y que estaba forrada de un fino almohadillado que servía para impedir la presión del acero sobre la carne.

Esta cota bajaba más que una coraza y defendía todo el cuerpo.

Colocada sobre ella la camisa y la chupa, la cubrían perfectamente sin aumentar en más de una línea el espesor del cuerpo, permitiendo además ejecutar todos los movimientos sin ninguna incomodidad.

— ¿Pesa mucho? preguntó la reina.

— No.

— ¿Veis, rey mío, qué cosa más maravillosa? dijo la reina dando palmadas de júbilo, á Mad. Campan que acababa de abrochar los botones de las mangas del rey.

Mad. Campan manifestó su alegría poco más ó menos lo mismo que la reina.

— ¡He salvado á mi rey! continuó María Antonieta. Esta coraza invisible es una obra de genio; ensayadla, colocadla sobre una mesa y probad á pasarla con un puñal, con una bala, ¡probadla!

— ¡Oh! exclamó el rey con acento de duda.

— Sí, ensayadla, repitió la reina llena de entusiasmo.

— Lo haría de muy buena gana, aunque no fuese más que por curiosidad.

— Pero no, no lo hagais, es inútil.

— ¡Inútil que os pruebe la excelencia de vuestra maravilla!

— ¡Ah! ¡así son todos los hombres! ¿creéis que hubiese yo confiado en la palabra de un indiferente, tal vez, cuando se trataba de la vida de mi esposo, de la salvación de la Francia?

— No obstante, eso creo que es lo que podeis haber hecho, Antonieta.

La reina meneó la cabeza con una encantadora obstinación.

— Preguntad, dijo señalando á Mad. Campan; preguntad á esta buena señora lo que hemos hecho esta mañana.

— ¿El qué? Dios mío, preguntó el rey lleno de una extraordinaria curiosidad.

— Esta mañana, ó por mejor decir, esta noche, hicimos retirar á toda la servidumbre, y nos encerramos en la habitación de Mad. Campan que está muy retirada. Nos aseguramos de que nadie podía sorprendernos antes de que hubiésemos llevado á cabo nuestro proyecto...

— ¡Dios mío! ¡verdaderamente me poneis en cuidado! ¿qué designios podían tener esas dos nuevas Judith?

— Judith hizo menos que nosotras, dijo la reina; sobre todo, menos ruido, y sin esto, la comparación no podía ser más exacta. Campan llevaba el saco que encerraba la cota, yo llevaba un largo cuchillo de caza alemán de mi padre, que tantos jabalíes ha muerto.

— ¡Judith! exclamó el rey riendo.

— ¡Oh! Judith no tenía esta pesada pistola que he cogido yo de entre vuestras armas, y que he mandado cargar á Weber.

— ¡Una pistola!

— Sí, una pistola. Era cosa digna de verse la escena que presentábamos; de noche, llenas de miedo, temblando al menor ruido, huyendo el encontrarnos con las gen-

tes del servicio y escurriéndonos como dos ratones por los desiertos corredores.

Campan cerró tres puertas y atrancó la última. Colocamos la cota sobre un maniquí que sirve para colgar mis vestidos, y con una mano firme, os lo aseguro, descargué una puñalada sobre las mallas de acero. La hoja del arma se encorvó, saltó de entre mis manos y fué á clavarse en el suelo con gran admiracion nuestra.

— ¡Oh! exclamó el rey.

— Esperad un instante.

— ¿Y no se agujeró? preguntó Luis XVI.

— Esperad, os lo suplico. Mad. Campan recogió el cuchillo y me dijo: « Vos sois muy débil, señora, y vuestra mano ha temblado tal vez; yo, que soy mas fuerte, voy á probar. » Y levantando el cuchillo, descargó tan violento golpe, que la pobre hoja se hizo pedazos sobre la malla. Aquí tenéis los pedazos, señor, quiero que os hagais un puñal con lo que ha quedado.

— ¡Oh! pero eso es fabuloso! dijo el rey; ¿y ni una rotura?

— Un ligero arañazo en la capa superior del tejido, y tiene tres capas.

— Desearia verlo.

— Ahora mismo.

Y diciendo esto, la reina se puso á desnudarle con maravillosa lijereza, para que pudiese admirar su idea y sus altos hechos de armas.

— Aquí hay una pequeña depresion, se me figura.

— Esa fué la bala de la pistola.

— Pues qué, ¿habeis descargado la pistola?

— Y ved aquí la bala aplastada y negra aun. ¿Creéis ahora que vuestra existencia está en seguridad?

— Sois un ángel tutelar, dijo el rey, que se puso á desabrochar lentamente la cota para ver mejor la huella de la puñalada y del balazo.

— Juzgad de mi susto, querido rey, cuando tuve que hacer fuego sobre la coraza. Y no era por ese espantoso ruido, que sin embargo me causa tanto miedo; sino por

que me parecia que haciendo fuego sobre la cota, haria fuegocontra vos y temia heriros; temia ver un agujero en las mallas, y entónces, todo mi trabajo, toda mi esperanza habia concluido.

— ¡Amada esposa! dijo Luis XVI acabándose de desabrochar la cota y colocándola sobre una mesa.

— ¿Pero qué haceis? preguntó la reina.

Y cogió la cota, presentándosela segunda vez al rey.

Pero éste, con una sonrisa llena de gracia y de nobleza.

— No, la dijo, gracias.

— ¿Qué, no quereis ponérosla?

— No.

— Pero reflexionad, señor.

— ¡Señor! exclamó Mad. Campan en tono suplicante.

— Pero advertid que esta es vuestra salvacion, vuestra vida.

— Tal vez sea así, dijo el rey.

— ¿Pero os negais á ponérosla?

— Sí.

— ¡Os matarán!...

— Querida mia, cuando los nobles salen á campaña, en el siglo XVIII, se visten de paño con casaca y camisa, y este es el traje destinado á las balas: cuando van al campo del honor, cubren únicamente su pecho con la camisa, y este traje es el que usan para defenderse de la espada. Yo soy el primer noble de mi reino, y no haré ni mas ni menos que mis compañeros, y aun hay mas, cuando ellos llevan el peto de paño, yo no debo llevar mas que seda. Gracias, querida esposa, gracias, mi buena reina, gracias.

— ¡Ah! exclamó la reina entusiasmada y desesperada á la vez; ¿por qué no le oye ahora el ejército?

El rey acabó de vestirse tranquilamente, sin parecer comprender él mismo, el acto de heroismo que acababa de hacer.

— ¡Oh! murmuró la reina, ¡la monarquía que acude al orgullo en semejantes momentos, es una monarquía perdida!